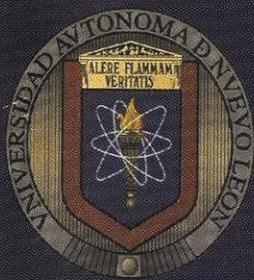


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2005



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Edición 32

ser asimismo pensantes. Su intención es la de brindar un apoyo desde la filosofía a las doctrinas cristianas que llegan por la revelación y la teología. Eso fue lo que hicieron los primeros filósofos cristianos, como San Justino. Realizaban apologética, pero también una profundización filosófica en los temas de la fe cristiana. Algunos han cuestionado la existencia de una filosofía cristiana, y aun su posibilidad, ya que consideran que, por estar guiada por la fe, carece de valor plenamente racional; pero eso sucede si los contenidos de fe se toman como premisas para demostrar lo que se desea, y no si son tomadas como puntos de llegada en los que se desea concluir. Y esto es lo que ha hecho que la obra de Aguayo sea claramente filosófica en muchas de sus partes, aunque ciertamente tiene partes expresamente teológicas. De hecho, el filósofo cristiano, aunque se distinga del teólogo, no puede dejar de atender a la teología que lo ilumina.

Además, como lo hemos señalado, el filosofar cristiano de Aguayo tiene la particularidad de estar muy apegado al pensamiento del papa Juan Pablo II, quien también dedicó muchos esfuerzos a la filosofía, ya que es muy sabido que estudió filosofía en la Universidad Santo Tomás de Aquino, de Roma (el antiguo Colegio Angélico), situándose en la tradición fenomenológica, con una tesis sobre Max Scheler. Podemos decir que esto constituye una filosofía cristiana, un filosofar cristiano, ya de tradición. Y en esta tradición me parece que mercedamente se ha ganado un lugar prominente el filósofo mexicano Enrique Aguayo.

Hay que destacar la importancia de los escritos de Aguayo sobre historia de la filosofía en México: sistematiza la obra de filósofos mexicanos, por lo que cada libro de él es único en su género. Así, por ejemplo, no conocemos un texto que presente una visión panorámica, detallada y explicada, de la filosofía de Emma Godoy ni de la de Eduardo García Máynez; la obra de Agustín Basave es basta y original, pero, que nosotros sepamos, no ha sido estudiada con el detalle que lo está haciendo Aguayo. Por eso resulta importante ésta ardua e interesante labor.

MAIMÓNIDES LO INDETERMINADO Y EL SILENCIO

Mtro. Luis Rionda Arreguín
Universidad de Guanajuato

Como tradición oral la Cábala era entre los judíos la doctrina secreta que tenía la misión de explicar y establecer el sentido de los libros del Antiguo Testamento; constituía, en el aspecto místico, la raigambre del judaísmo. Opuesta a ella se encontraba la actividad racional, sustentada en la práctica de la filosofía neoplatónica o aristotélica, dirigida a esclarecer o demostrar la verdad revelada. Así se logró la fusión del judaísmo y la filosofía griega, de la fe y la razón. La Cábala y el neoplatonismo coinciden cuando sostienen que Dios no solo rebasa a todo conocimiento, sino que es imposible determinarlo; por consiguiente no es cosa determinada alguna, es "ninguna cosa".

Para Plotino, el fundador del neoplatonismo, Dios trasciende a toda cosa. En el orden ontológico ocupa el grado más elevado; es, simultáneamente, el Uno, el ser y el bien. Todas las cosas provienen del Uno por *emanación*. El primer grado de emanación es el Intelecto donde residen las ideas de Platón; enseguida vienen como segunda emanación, derivada del Intelecto, el *Alma del Mundo*, la cual su parte superior se abre al Intelecto de donde se origina, y su parte inferior gobierna el mundo material. El alma universal no solamente anima la materia sino también a las almas singulares. Estas, a su vez, están ubicadas entre el Intelecto y los cuerpos que informan. Finalmente, en lo más distante de la emanación se encuentra la *materia*, entendida por Plotino como un no-ser, como el último grado de emanación de lo Uno.

Del Uno emanan todas las cosas; pero él mismo no es ninguna cosa determinada. No hay forma particular por la cual el Uno pueda ser nombrado ya que existe en sí mismo "anterior a toda forma, movimiento o reposo". En cuanto que para Plotino el Uno está "más allá de sustancia", "mas allá del ser" y "mas allá de la mente", trasciende a todas las cosas. De Dios no es posible decir ni saber nada, su esencia sobrepasa los conceptos humanos. De Él se puede decir lo que *no es*, pero no lo que es. Si algo existe después del Primer Ser —expresa Plotino—, necesariamente ha de proceder de Él... Es necesario, en efecto, que haya un algo anterior a todo, algo que debe ser simple y distinto de todo lo que le es posterior; existente por sí mismo; trascendente a lo que de él procede... Este ser es en realidad el Uno... no es objeto de concepto ni de ciencia, y se le denomina "lo que está más allá de la esencia". (Eneadas V, 4)

Hay un conjunto de escritos que comenzaron a ser conocidos hacia inicios del siglo sexto y cuya influencia se dejó sentir en la filosofía medieval. Su creación es atribuida a Dionisio, personaje del que se creyó por largo tiempo haber sido discípulo de San Pablo. Lo cierto es que tales textos fueron compuestos bajo el influjo ejercido por el neoplatonismo hacia principios del siglo V de la era cristiana. Los referidos escritos estuvieron inspirados en el neoplatónico Proclo (411-485), de quien Dionisio tomó fragmentos enteros, adaptándolos a los requerimientos del cristianismo. Esto explica por qué a su autor se le ha designado como el Pseudo-Dionisio. La cuestión medular que entrañan sus doctrinas se refiere a la posibilidad o imposibilidad de nombrar adecuadamente la esencia de Dios. Dionisio afirma, en su obra *Sobre los nombres divinos*, que a Dios es imposible nombrarlo de modo apropiado. "Es una regla universal que conviene evitar —dice en el escrito referido— aplicar temerariamente ninguna palabra y hasta ningún pensamiento, a la Divinidad sobreesencial y secreta..."

El centro de las especulaciones de Dionisio es Dios. Enfoca a Dios conforme a dos métodos. El método positivo consiste en un *decir*, en tanto que el método negativo se basa en un *silenciar*. La primera vía es un *sermo* formado de afirmaciones referidas a Dios, el cual puede ser llamado ser, bondad, luz, unidad. La segunda vía considera, por el contrario, que Dios es un no-ser; es decir que el más alto conocimiento de Dios es igualmente una ignorancia mística. Según el Pseudo-dionisio, la teología positiva procede de Dios hacia lo finito, disponiendo los nombres o atributos de Dios, mientras que la teología negativa va de lo finito a

Dios; éste además de estar por encima de predicados y nombres con los que puede ser designado, su naturaleza esta rodeada de oscuridad y, por lo tanto, de ignorancia.

Una de las notas distintivas del neoplatinismo es creer que el modo de ser propio de la trascendencia divina es ser absoluta; por este rasgo Dios esta mas allá de cualquier determinación por conceptos. En suma, Dios siendo inexpresable únicamente se revela en el éxtasis, es decir en la fase más elevada de la experiencia mística, que es cuando el alma se une con Dios. En este punto, el alma, separándose de todas las cosas, vuelve hacia su interior en una introversión que la lleva al éxtasis. Para Plotino, la senda por la que camina el alma hacia su interioridad es la que la conduce hacia Dios.

Cuanto más entra dentro de sí misma más se acerca al éxtasis. Pero *éxtasis* es un *salto hacia fuera*, y resulta así que cuanto el alma más se adentra hacia sí misma, tanto más cercana está de salir fuera de sí. Pero no para saltar hacia las cosas exteriores, sino para saltar hacia Dios, porque es Dios más íntimo al alma que ella misma. Así el éxtasis, el salto hacia afuera, es un salto hacia Dios.¹

La libertad que existió en España durante la dominación árabe, dispuso el advenimiento de una atmósfera favorable para que tuviera un gran desarrollo la ciencia y la filosofía judía. Con Averroes la filosofía árabe vive su último esplendor; sin embargo fueron los filósofos judíos los que la hicieron perdurar con ciertas modificaciones. La filosofía hebrea, alejada de la mística, constituye una aplicación de la filosofía griega a la verdad revelada de la religión judaica. Los dos pilares en los que se apoya la filosofía judía del medievo fueron Avicbron y Moisés Maimónides. No está de más hacer notar que Averroes y Maimónides no solamente nacieron en Córdoba, sino que fueron contemporáneos y, sobre todo, que adquirieron fama como filósofos y médicos. Nacido nueve años antes de Maimónides (1135-1204), Averroes se distinguió como el más renombrado comentarista de Aristóteles. Por su parte el filósofo judío fue también resueltamente Aristotélico. Estaba convencido de que a excepción de los profetas nadie ha estado más próximo a la verdad como Aristóteles.

La conquista de Córdoba por los Almohades, en 1148, inaugura en esta población y en toda Andalucía una etapa de intolerancia religiosa

¹ Quiles, Ismael. Prologo a "El alma, la belleza y la contemplación" Selección de *Las Eneadas* de Plotino. Col. Austral 985, 1950, p. 31

que perjudicó tanto a judíos como a cristianos. Este hecho obligó a la familia de Maimónides a decidirse por el exilio dada su oposición a renunciar a su fe y abrazar el islamismo. La primera ciudad a la que arribó su familia después de su forzado destierro fue Fez, en Marruecos, lugar en que simulaban haberse cambiado a la religión islámica, pero clandestinamente seguían practicando la fe de sus antepasados. Al ser descubiertos tuvieron que emigrar a Palestina y, posteriormente, a El Cairo, donde falleció Maimónides. La educación filosófica y científica del pensador judeoespañol fue forjándose paso a paso al contacto con maestros, sabios e instituciones, en el prolongado y azaroso peregrinar de él y de su familia.

Diversa y abundante es la literatura médica y teológica escrita por Maimónides, pero su obra más sobresaliente es la *Guía de los perplejos*; en ella pretendió armonizar las Sagradas Escrituras y la filosofía, la revelación y la razón. Estaba seguro de la correspondencia existente de la Escritura con el conocimiento fundado en la razón. Eleva a la categoría de exigencia religiosa la pretensión de alcanzar el conocimiento de la verdad por medio de la razón. El libro citado estaba dirigido tanto a los creyentes como a los incrédulos, a aquellos que al descubrir verdades antagónicas en los textos sagrados, no se deciden a aceptarlas por no impugnar a la razón, pero tampoco las desmienten por no ofender a la revelación, permaneciendo embebidos en la perplejidad e indecisión.

El filósofo judío, oriundo de Córdoba, cree que las Sagradas Escrituras han de entenderse de dos maneras: en un sentido literal y en un sentido alegórico. El primero se alcanza por la letra, en tanto que el segundo se consigue "a través de las cosas significadas por la letra." Maimónides dirige la *Guía* "al que haya estudiado filosofía y adquirido ciencias verdaderas, pero que, creyente en las cosas de la religión, está perplejo acerca de su sentido, respecto del cual dejan incertidumbre los nombres oscuros y las alegorías."² Piensa que cuando la Escritura se opone a la razón, ésta es la que debe de prevalecer, en tanto que aquella debe entenderse en un sentido alegórico. Para que los indecisos superen la perplejidad que los domina es necesario se percaten que en la *Ley* existen versículos que es necesario interpretar en un sentido figurado y no literalmente, porque "tomados en su sentido literal, encierran contradicciones a propósito de determinadas opiniones y creencias."³

² Maimónides, Moisés. *Guía de los perplejos*. CONACULTA, Vol. I, 2001, p. 48.

³ *Ibid.*; p. 61.

Hay una teoría que Aristóteles respaldó, concretamente la que sostiene la eternidad del mundo, opuesta a lo manifestado por la fe; sin embargo Maimónides considera que gran parte de sus demostraciones filosóficas están de acuerdo con las verdades de la fe. De ahí que el uso imparcial y equilibrado de la filosofía en lugar de conducir a la perplejidad, es el medio que sirve de "guía" a los indecisos para encontrar el camino de la *Ley*. En pocas palabras, llevó a cabo la redacción de la *Guía* para que los hombres, confundidos por la oscuridad de los enunciados comprendidos en la Escritura, retomaran el *sendero recto* de la fe que habían perdido.

Según Maimónides hay dos tipos de lenguaje. El lenguaje *hablado* o exterior, útil para la prosperidad de las sociedades, y el lenguaje *pensado* o interior, ventajoso para las creencias religiosas y la filosofía. Trascendiendo el lenguaje admitido y comprensible, usado por la colectividad, se encuentra el lenguaje simbólico de las palabras. Por un lado "está lo que la palabra dice y está, mas allá de lo que inmediatamente dice, lo que la palabra significa. Pues bien, es esta doble función del lenguaje la que esta presente en toda la obra de Maimónides: por una parte lo que a primera vista nos dicen los textos sagrados; por otra lo que realmente, lo que de verdad nos dicen tanto la revelación como la filosofía."⁴

De acuerdo con el punto de vista maimonidiano la teoría de la unidad de Dios y la de su incorporeidad, junto con la teoría de la creación, constituyen las teorías primordiales de la Escritura. Acerca de cada una de ellas la Escritura no habla con el mismo lenguaje. Habla en un sentido alegórico de Dios incorpóreo; literalmente sobre la creación. Sin embargo, hubieses podido materialmente hablar en ambas del mismo modo, ya también literalmente de la incorporeidad de Dios, ya también alegóricamente de la creación y Maimónides no hubiese tenido que proceder a su labor de interpretación alegórica o podría extenderla a la doctrina de la creación... ¿Por qué hay en ésta letra que debe ser interpretada alegóricamente, letra que debe serlo literalmente? ... Todos deben de entender el lenguaje de la sagrada Escritura en algún sentido,

⁴ Xirau, Ramón. *Palabra y silencio*. Siglo XXI Editores, 1971, p. 20.

pero cada cual sólo en aquel que corresponda a su capacidad, a su preparación, a sus merecimientos.⁵

Las verdades metafísicas resultan incompresibles para casi todos los seres humanos a causa de su incompetencia e incultura, y de sus tareas de orden familiar y social que los lleva a ceñirse a la revelación; pero también son difíciles de captar debido a la diferencia que hay entre la naturaleza finita del hombre y la infinitud de Dios. El problema consiste en saber si las palabras son capaces de definir la esencia de Dios, o bien la limitan. Para Maimónides, los verdaderos atributos no son los que se realizan por afirmación de predicados, sino "aquellos cuya atribución se hace por medio de negaciones... digo: es cosa demostrada que Dios, el Altísimo es el ser necesario, en el cual no hay composición. Solo alcanzamos de Él *que es* pero no *lo que es*. No se puede admitir, por lo tanto, que tenga atributos afirmativos, pues no tiene *ser* fuera de su *quididad...*"⁶, o esencia necesaria.

Para Averroes la religión presenta la verdad filosófica bajo disfraces alegóricos. Considera que mientras la interpretación literal del Corán es propia de la gente falta de cultura, la alegórica es solamente comprensible a los filósofos. El papel que debe de desempeñar la razón filosófica es la de elegir el sentido en que las verdades reveladas han de ser interpretadas. La filosofía musulmana creó el precepto de la *necesidad del ser*, del que se infiere la *eternidad del Mundo*.

Lo realmente singular de Maimónides fue haber defendido que el Mundo, aun siendo posible *en sí*, puede en cambio ser necesario con respecto a otro, es decir, con lo que lo hace ser, pero sin abandonar el método demostrativo "en el que no cabe duda, consiste en establecer la existencia, unidad e incorporeidad de Dios por los procedimientos de los filósofos, que se basan en la eternidad del mundo. No es que yo crea en la eternidad del mundo... pero por este método... se obtiene certidumbre completa en tres cosas, a saber, que Dios existe, que es *uno* y que es incorpóreo..."⁷ Para probar la existencia de Dios, Maimónides acude a dar por supuesta la existencia de algo, lo cual significa que inevitablemente ha de existir un Ser necesario. Ahora bien, aun cuando

⁵ Gaos, José. *Filosofía de Maimónides*. Publicación Alicante: Biblioteca Virtual Miguel Cervantes. Obra digitalizada por el Colegio de México (antigua Casa de España en México), p. 7.

⁶ Maimónides; *Opus cit*; pp. 202-204.

⁷ *Ibid*; p. 271.

lo que existe sólo sea como posible, sin embargo es necesario con relación a la causa, que es Dios, el Ser necesario. De esta manera, la existencia de Dios quedó establecida por el filósofo y médico de la Córdoba medieval.

Suponiendo que Dios pudiera ser definido mediante la asignación de predicados, el máximo representante del pensamiento judaico opina que el atributo puede ser dos cosas: si el atributo es la esencia del sujeto, estamos ante una tautología como cuando decimos que *el hombre es un hombre* o que Dios es Dios; pero si el atributo es algo distinto que se añade al sujeto, es, en suma, un accidente de la esencia. Cuando la corporeidad entra a formar parte de Dios, es decir que lo definimos como corpóreo, lejos de definir su esencia infinita se la estamos negando, asemejándolo al ser humano. Los que se inclinan hacia el antropomorfismo creen que Dios es un cuerpo, mientras que Maimónides le niega la corporeidad, así como toda semejanza con lo finito.

Por lo demás, no deja de insistir en la unidad y espiritualidad de Dios, es decir que Dios es una sustancia única y simple en la que no existe "composición ni multiplicidad". Esto quiere decir que no siendo compuesto ni múltiple, nada finito puede definirlo. Hallándose más allá de todas las determinaciones, de Dios sólo podemos decir lo que *no es*. Dios no es ninguna cosa delimitada. Por consiguiente, según Maimónides los únicos atributos dignos de crédito que le conciernen son los que se le adjudican por medio de negaciones, ya que "los atributos afirmativos concluyen adjudicando a Dios imperfecciones." En consecuencia, toda vez que a alguien le sea demostrada una cierta cosa debe ser negada de Dios, serás por ello más perfecto, y todas las veces que le atribuyas afirmativamente una cosa añadida a sus esencias, lo asimilarás [a las criaturas] y estarás lejos de conocer su realidad.⁸ El conocimiento de Dios es un conocimiento por negaciones y el conocimiento por negaciones es la ignorancia de la esencia⁹; luego, solo llegamos a Dios por medio de nociones negativas.

El conferirle a Dios determinadas cualidades se hace con el fin de admitir su perfección. Aquel que le concede un atributo afirmativo lo único que conoce de Él es el nombre, pero su esencia se le escapa. Por lo

⁸ *Ibid*; p. 208.

⁹ Gaos, José. *Opus cit*; p. 6

tanto, Dios es, para Maimónides, lo que con palabras es imposible describirlo. El único nombre que manifiesta su esencia es lo *inefable*, lo inexpresable. Ante Dios lo mejor es "callarse". El mayor elogio que podemos hacer de él es el *silencio*.

Todos los filósofos dicen: estamos deslumbrados por su belleza y Él se nos oculta por la misma fuerza de su manifestación, del mismo modo que el sol se vela a los ojos, demasiado débiles para percibirlo... pero lo más elocuente que se ha dicho en este sentido son las palabras del salmista: "Para Ti el silencio es la alabanza"... pues digamos lo que digamos con el fin de exaltar y glorificar a Dios, encontraremos en ello algo que será ofensivo...¹⁰

Al poner a Dios por las nubes, ensalzándolo, lo estamos en realidad ofendiendo, asignándole algo que no corresponde a su verdadera naturaleza. La filosofía de Maimónides no solamente niega la posibilidad de definir con predicados afirmativos la esencia divina, sino que constituye un llamado a acercarse a Dios por exclusiones en cadena de lo que Él no es, sin lograr descifrar lo que Él es. Dios no tiene accidentes que pudiesen ser tomados por atributos afirmativos. Estos representan para el filósofo judío un riesgo porque terminan confiriéndole a Dios imperfecciones, haciéndolo un ser producto de la imaginación, o un no ser.

Aquel que después de oír hablar del elefante quisiera conocer su aspecto y naturaleza, otro lo confundiera diciéndole que es un animal con una serie de atributos opuestos a como es en realidad, lo que realmente se estaría imaginando "es una invención y una mentira, que no existe nada parecido y que, al contrario, es un no ser al que se ha aplicado el nombre de un ser... Lo mismo sucede... si decimos, entonces, que esa esencia, por ejemplo, que se llama *Dios*, es una esencia que encierra numerosas ideas que le sirven de atributos, aplicaremos ese nombre a un puro no ser."¹¹ Es decir, que adjudicamos el nombre de Dios a un objeto inexistente.

Influido poderosamente por el neoplatonismo, Dionisio, varios siglos antes que Maimónides, opinaba que mientras la teología positiva se encarga de las denominaciones y atributos que conferimos a Dios, el quehacer de la teología negativa consiste en mostrar a Dios por encima

¹⁰ Maimónides, Moisés. *Opus cit.*, pp. 209-210.

¹¹ *Ibid.*; P. 218.

del ser y del conocimiento, más allá de toda afirmación o negación. Puesto que Dios está más allá de todo lo que es; por consiguiente, esta más allá de lo cognoscible. De acuerdo con el Pseudo-Dionisio, el hombre puede aproximarse a Dios por el camino de las atribuciones, cuando las perfecciones contingentes y temporales del hombre y del mundo adquieren una perfección absoluta al ser atribuidas a Dios. Resulta intolerable para Maimónides atribuirle como suya una perfección, solamente porque lo sea en nosotros los humanos.

Sabrás, pues, que si le atribuyes afirmativamente una cosa distinta de Él, te alejas de Él bajo dos aspectos: primero, porque todo eso que le atribuyes [sólo] es perfección para nosotros y, segundo, porque no posee cosa alguna distinta de Él, sino, al contrario, es su misma esencia la que forma sus perfecciones...¹²

Así mismo, Dionisio señala que Dios se conoce mejor por vía de negación, diciendo lo que no es. Los atributos negativos son los únicos que cuadran a Dios, porque al eliminar todo aquello que no incluye llevan al espíritu a alcanzarlo, sin que de ellos se infiera multiplicidad alguna. La necesidad de describir a Dios a los hombres por medio de perfecciones humanas es lo que ha hecho que los hombres necios crean acercarse al ser necesario mediante oraciones y plegarias elaboradas por ellos, pero que en realidad involucran imperfecciones.

Existen pasajes de la *Guía* en los que Maimónides pone de manifiesto cómo toda plegaria, toda suplica, debe ser silencio; pero también toda observación ha de aspirar hacia algo más eminente y sublime, hacia el Amor. Los hombres ejemplares, para el filósofo cordobés, son los que conciben la verdad y la entienden, aunque no la pronuncien, son los que observan el siguiente precepto: "Decid [pensad] en vuestro corazón, en vuestro lecho, y permaneced silenciosos." (*Salmos, IV: 5*).

Entre Dios y el hombre no hay más que la nada y el abismo. Abandonado en la nada, el hombre avanzando a través de ella logra aproximarse a Dios. El carácter espiritual y contemplativo de la teología de Maimónides abre entre Dios y el hombre un abismo, el cual gracias al Amor puede ser salvado, quedando así restituido el reencuentro entre ambos. Luego, el Amor es, en el pensamiento Maimonidiano, el móvil que hace que el Silencio sobre los abismos se convierta en diálogo.

¹² *Ibid.*, pp. 208-209

En Maimónides la Biblia y la Filosofía están articuladas, tienen los mismos orígenes y se encaminan hacia el mismo objetivo; pero mientras que la filosofía desempeña el papel del sendero, para caminarlo no hay otro procedimiento que el de la Biblia. Sumergido en el ámbito histórico y social en que se conectan la filosofía y la religión, Maimónides "une las dos fuentes del saber para encontrar la verdad: razón y revelación. Lo más importante es la verdad, si es demostrada por los filósofos debe ser aceptada y encontrada en las *Escrituras*, donde se encuentra sin lugar a dudas, si sabemos leerlas. Pero si la filosofía no demuestra la verdad que alcanza y se queda en argumentos nada más, entonces se debe de aceptar la verdad avalada por la revelación que no es distinta, aunque la ciencia no la haya alcanzado"¹³ En efecto, el único camino posible es el de la filosofía; pero quién guía al hombre que camina sobre él es la Biblia. La Sagrada Escritura se expresa literalmente porque la razón humana es incapaz "para llegar por sí sola sin la revelación a conocer que el mundo ha sido creado por Dios."

Durante el siglo XIII, sin duda un periodo muy importante en el campo de la filosofía, aparecen las grandes síntesis doctrinales; sin embargo, en la centuria anterior emerge la *Guía de la perplejos* como una *summa* de teología escolástica judía estimulada por Aristóteles y el neoplatonismo. El texto en cuestión lo dirige Maimónides a todos los que han sido ilustrados en la filosofía, pero están indecisos sobre el método mejor para acoplar las verdades filosóficas con el sentido literal de la Escritura. El pensador cristiano sobre el que Maimónides ejerció mayor influencia es Tomás de Aquino, quien al referirse al filósofo judío lo llama Rabí Moisés.

Las ideas filosóficas de los árabes y judíos, concretamente de Avicbrón y Maimónides, tuvieron en el príncipe de la escolástica a uno de sus más leales expositores. Según Gilson "la filosofía de Maimónides y la de Santo Tomás coinciden en todos los puntos verdaderamente importantes", salvo en haber enseñado el primero una doctrina del alma tomada de Averroes, que lo llevó a una idea de la inmortalidad del alma que chocaba con la concepción tomista que afirma la inmortalidad del alma individual. Uno y otro instauran la existencia de Dios, tanto si el mundo ha sido creado por Dios de la nada en el tiempo, como si ha existido desde la eternidad.

¹³ Axelrod-Korenbrod, Alicia. *Maimónides filósofo*. UNAM, 1981, p. 127.

A más de esto, Maimónides se adelantó a Tomás en la formulación de las tres primeras *vías* para demostrar la existencia de Dios. Los cinco argumentos terminan con la *asediad* de Dios, es decir que Dios tiene en sí mismo la causa y el principio del propio ser. La primera prueba que aducen es la del movimiento: si lo que se mueve, se mueve por la acción de otro, y éste por otro, sin prolongar esto hasta la infinito; luego, es necesario admitir un primer motor, que no sea movido por otro, que es el que todo mundo llama Dios. La segunda vía que comparten es la que nos lleva a Dios por el encadenamiento de las causas eficientes, sin extender la cadena al infinito: todo efecto implica una causa, luego existe una causa primera llamada Dios. Una tercera prueba es la de lo posible y lo necesario en la que el doctor angélico adopta también el argumento de Maimónides: existen los seres contingentes y finitos, luego existe el ser necesario e infinito. Se puede también probar que Dios existe por la vía de los grados de perfección: a partir de lo que hay de ser, de bondad y de perfección en los seres contingentes, se infiere la existencia de un Ser que posee en grado sumo estas perfecciones; y a esta causa es a la que llamamos Dios. Finalmente tenemos la prueba extraída de la finalidad y del gobierno del mundo: los seres privados de conocimiento no tienden a un fin, "sino en tanto... hay un ser inteligente, que conduce todas las cosas naturales a su fin; y éste ser es al que llamamos Dios."¹⁴

Opuesto al Aristóteles neoplatonizado por los árabes que sustentaba que el mundo como Dios existen *ab aeterno*, Maimónides acepta la creación del mundo por Dios en el tiempo. Para el teólogo judío tampoco la existencia puede ser admitida como atributo de Dios. Es cierto que en las cosas creadas la existencia es un accidente de la esencia; en Dios, por el contrario, "su existencia es su verdadera esencia... no un accidente que le haya sobrevenido. Así pues, Él *existe*, pero no por la *existencia*; *vive*, pero no por la *vida*; *puede*, pero no por el *poder*; *sabe*, pero no por el *saber*, antes bien, el todo se reduce a una sola idea, en la que no hay multiplicidad..."¹⁵ Por consiguiente, el hombre carece de capacidad —según Maimónides— para aseverar de Dios atributos que no sean negativos. Sabemos de Dios que existe, pero no sabemos lo que es, simplemente porque su esencia se nos esfuma, porque rebasa los límites de nuestro conocimiento.

¹⁴ Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica* (selección). Espasa-Calpe, Col. Austral, No. 310, 1957, p. 41.

¹⁵ Maimónides, Moisés. *Opus cit.*; pp. 200-201.

Así mismo, conforme se incrementan los atributos negativos respecto de Dios, dándonos a conocer lo que Él no es, se estará más cerca de su conocimiento, no adjudicándole "ninguna cosa como añadida a su esencia, o como si fuese dicha cosa una perfección suya, porque lo sea en nosotros..."¹⁶ Encontramos, pues, que Santo Tomás y Maimónides convergen también en que los atributos afirmativos con que calificamos a Dios en nada amplían su esencia. Por otra parte, en tanto que el filósofo judeoespañol asegura que Dios es *uno*, sin que haya en Él nada compuesto, ni multiplicidad ni nada adjunto a su esencia; para los cristianos, por el contrario Dios es Uno y Trino. Esto es tanto como decir —expresa Maimónides— que Dios "es *uno*, pero posee muchos atributos, y Él con sus atributos hacen *uno*." Si la esencia de Dios se nos escabulle, los efectos de su acción en el mundo están, por el contrario, patentes a nuestra observación. Por consiguiente, los atributos de los que se sirve la Escritura para nombrar a Dios denotan la multiplicidad de sus acciones, no la multiplicidad en su esencia.

La inteligencia humana carece del poder para alcanzar al Ente exento de materia que es de una simplicidad extrema. Ser necesario carente de causa y de afectos, cuya perfección significa negación de imperfecciones. De Él únicamente alcanzamos que es; pero no se asemeja a ninguno de los seres que ha producido. "¡Alabanza a Aquel que (es tan elevado) que cuando las inteligencias contemplan su esencia, su comprensión se cambia en incapacidad, y cuando examinan cómo sus acciones resultan de su voluntad, la ciencia se cambia en ignorancia, y cuando las lenguas quieren glorificarlo con atributos, toda elocuencia se torna débil balbuceo!"¹⁷ Si de Dios sólo es posible percibir *que es* (existe), pero no *lo que es*, por lo tanto no hay conducto capaz de percibir su verdadera esencia.

Para Maimónides, tanto antiguos como modernos están de acuerdo en que las inteligencias son incapaces de percibir a Dios, únicamente Él puede percibir *lo que es*. Nuestra percepción consiste en "reconocer que se es completamente incapaz de percibirlo." Así como al ir incrementando los atributos de un sujeto vamos conociendo mejor su verdadera esencia, de la misma manera, manifiesta el pensador judío más importante del medievo, conforme vas añadiendo las negaciones en relación con Dios, te vas acercando a su conocimiento, negando de Dios

¹⁶ *Ibid.*; p. 208.

¹⁷ *Ibid.*; p. 206.

todo aquello que acerca de Él es inaceptable. Un ente puede ser definido por sus atributos, por el género y la diferencia específica, como cuando decimos que el hombre es un animal racional. Además, el atributo es un accidente que trasciende a la esencia; por consiguiente si Dios tuviera un atributo sería el sustento de los accidentes que no tiene. Según la concepción maimonidiana Dios es un ser trascendente; sin embargo entre Dios y las creaturas no puede haber conexión, porque mientras que en Dios la existencia es necesaria, en los seres creados es solamente posible. Puesto que Dios y las creaturas no caen dentro de la misma especie, no es posible asignarles, en la misma acepción, los mismos predicados.

Está claro, pues, dice Maimónides, para que el que comprende el sentido de la semejanza, que si se aplica al mismo tiempo a Dios y a todo lo que está fuera de Él la palabra *existente*, es por simple homonimia... Así que queda demostrado de manera decisiva que entre los atributos que se adjudican a Dios y los que se conocen en nosotros no hay absolutamente ninguna especie de comunidad de sentido, y que la comunidad sólo existe en el nombre, y nada más.¹⁸

La repercusión de las ideas filosóficas de Maimónides en el pensamiento cristiano medieval alcanzó a figuras de la estatura intelectual de Alberto Magno y Tomás de Aquino. Adoptando a Maimónides, Alberto impugna la teoría de que el mundo material es eterno necesariamente. Así mismo, haciendo suyos sus puntos de vista, estima que en aquellas cuestiones en las que la filosofía es impotente para llegar a resultados concluyentes, debiendo mantenerse indecisa ante diferentes viabilidades, la solución radica en la revelación. Por otra parte, Tomás concuerda con Maimónides en afirmar que la filosofía está imposibilitada para comprender las verdades que la revelación encierra; pero a su vez la razón humana sin la revelación es incapaz de conocer que el mundo ha sido creado por Dios.

Maimónides es la personalidad más relevante del pensamiento Sefardí de la edad media, influyó no sólo sobre los filósofos cristianos de la centuria posterior, sino que su prestigio se prolongó hasta la filosofía moderna, concretamente en el filósofo holandés, Benedicto Spinoza, quien estudió a los comentaristas de la Biblia, entre otros a Maimónides. Ambos comparten el haber sido judíos, aunque separados en el tiempo por cinco siglos. No obstante que sus filosofías son distintas, están de

¹⁸ *Ibid.*; pp. 199-200

acuerdo en aseverar la unicidad de Dios, es decir en concebir a Dios como la unidad absoluta; pero difieren en que el pensador medieval subraya la trascendencia de Dios respecto del mundo, en tanto que el panteísmo de Spinoza lo lleva a sostener que Dios y el mundo son una y la misma cosa.

Adjudicar a Dios atributos es tanto como violentar su unidad. Por lo tanto, es necesario excluir de Dios todo lo que lleve a asemejarlo a cualquier cosa de sus creaturas, porque simplemente Él es Él, es decir "que no hay nada semejante a Él, y de ningún modo que la idea de *unidad* se añada a su esencia." Si se quiere hablar de Dios con propiedad, de acuerdo con Maimónides, es preciso hacerlo con atributos negativos, porque de ellos no resulta ninguna multiplicidad: no es imponente, no es corpóreo, no es ignorante. Es imposible aplicar a Dios el poder, la ciencia, la vida y la voluntad, en el mismo sentido que a los seres humanos, porque sería tanto como *añadirle* cualidades a la esencia divina. De esta forma, la esencia de Dios no se puede decir con palabras.

La discrepancia entre la Sagrada Escritura y la filosofía no impidió la labor conciliadora con la que Maimónides se comprometió. Mientras que la primera afirma que Dios ha creado el mundo de la nada, la segunda asegura su eternidad. Su quehacer filosófico estuvo dirigido, precisamente, a ajustar la Escritura y la filosofía de Aristóteles. La filosofía externa a la fe, a que hace alusión José Gaos, es aquella en que la razón, siendo extraña a la fe, se ocupa de ésta desde fuera. La otra, la filosofía interna a la fe, es la que desde dentro de una fe, se ocupa por medio de la razón de esta fe. Con él la filosofía judía alcanzó un nivel racional nunca imaginado; pero también es cierto que restringió el afán de la razón de ir hacia delante. En efecto, la razón, en presencia de la Ley, puede verse reprimida por la religión; pero cuando la religión es iluminada por la razón, posición asumida por Maimónides, logra su verdadera liberación de los mitos. Así la fe alcanza su excelencia cuando es ilustrada por la razón.

La crisis de la época actual reside, en buena parte, en haberse inclinado el hombre, de modo desmesurado, hacia las riquezas, los placeres y los honores del mundo, con la consiguiente separación de sí mismo. Precisamente, el hecho de que el hombre considere que todo puede y debe ser cuestionado, lo ha llevado a poner en duda todo principio de índole político, social y religioso. Pasa la vida convencido de haber perdido la brújula, de estar irremediabilmente desorientado.

Vivimos creyendo que es necesario organizar la vida alrededor del trabajo, cuando lo que en realidad requerimos es planear el trabajo en torno a la vida. Vivimos creyendo que lo importante es rescatar el cuerpo brindándole todos los cuidados, mediante afeites, ejercicios y dietas, pero se nos olvida el valor que significa salvar el alma como entidad verdaderamente perdurable. Así mismo, sobran los instrumentos técnicos pero nos faltan los fines desinteresados, como la caridad y el sacrificio. Finalmente, cada ser humano vive anclado en un egoísmo absurdo, haciendo de cada quien el fin de su propio amor, sin percatarse que el amor al prójimo te conduce a amarte a ti mismo.

El problema de los universales fue insinuado en un fragmento de la *Introducción* de Porfirio a las *categorías* de Aristóteles. En dicho texto se expone el problema acerca de si los géneros y las especies son substancias o sólo existen en el entendimiento, ¿están en las cosas o existen separadas de ellas? Según el realismo platónico los universales son una realidad en sí, trascendente a las cosas individuales (*universalia ante rem*). Con relación a las cosas singulares, los universales son substancias, "tanto mas reales cuanto mas generales." Si el resultado final del proceso de la abstracción es lo indeterminado, el concepto general o indeterminado por excelencia es Dios. Esta teoría coincide con la *teología negativa* que sustenta que de Dios, lo indeterminado, no puede decirse sino lo que no es.

Es posible que el hombre de nuestro tiempo, necesitado de creencias y principios firmes en que apoyarse, pueda superar su desorientación si busca y encuentra, como Maimónides, el camino que lo lleve por la vía negativa a decir lo que Dios no es, para poder establecer lo que él verdaderamente es.